

LOS DUENDES DE LA FUENTE CASTELLANA.

A MI HIJO FERNANDO.

Paréceme, hijo mio, que te veo, con los hermosos ojos clavados en mí de hito en hito, como pidiéndome cuenta del título que encabeza los presentes renglones. Tú ya sabes que no hay duendes, y no es mucho te maraville el oír á tu padre hablar de semejante cosa. Pues, con todo eso, te aseguro que no hay otro modo de hablar de lo que vas á oír.

I.

Solían jugar al tresillo, por las noches, con la anciana Marquesa de Amaral, tres señores, también de edad proveya, aunque ninguno llegaba á los años de la buena señora. Antes se puede decir que todos se hallaban, no sólo en buena salud, pero

en la más cabal disposición de resistir cualquier fatiga, en especial, dos de ellos, que eran más cazadores que Nembrot. Uno se llamaba D. Pedro Sanabria, y era antiguo coronel retirado; el otro, D. Cosme Somiedo, mayorazgo de la Montaña, y, por lo tanto, no rico; era hombre que, de no hallarse cazando en compañía de su amigo Sanabria, había de jugar al tresillo. El tercero, que era el de más edad, se llamaba D. Matías Ledesma; apenas representaba los sesenta, y éstos, muy bien llevados; era general, y por lo tanto ejercía, como si dijéramos, cierta preeminencia, no sólo sobre el coronel retirado, pero sobre el mayorazgo, á los cuales reñía sin piedad cuando cometían algún error de aquellos que suelen cometer los jugadores de tresillo, y no perdonan á los demas.

Hablaban, hacía ya días, los periódicos de ciertos gritos ó lamentos que se oían de noche al extremo de la Fuente Castellana, esto es, más allá de la fonda; y tanto se llegó á hablar en todo Madrid de ello, que más de una vez tuvieron la culpa los tales gritos de graves disputas en casa de la Marquesa de Amaral.

Decía ésta, si habría algun enterado en vida en alguna cueva; rascábase la cabeza el mayorazgo sin añadir palabra; juraba el coronel que aquello eran invenciones de los periódicos, por no tener qué decir; y, á todo esto, el general se incomodaba de ver que los dichosos lamentos eran causa de que cada día se jugase peor en casa de la Marquesa.

II.

Una noche, la conversacion llegó de tal suerte á sobreponerse al juego, que el mayorazgo, de quien ya hemos dicho que no servía sino para cazador ó jugador de tresillo, exclamó:

— Más valía que de una vez fuésemos á averiguar lo que valen esos dichosos lamentos, y no que ni esto es jugar, ni cosa que lo valga. Si ustedes se atreven, vamos ahora mismo á la Fuente Castellana, y de una vez nos desengañamos para siempre. Con que, si ustedes se atreven.....

A esto, el general dió un golpe en la mesa con el puño cerrado, diciendo:

— Señor D. Cosme..... Perdónedme usted, Marquesa, por el porrazo.....

— No, no hay de qué, respondió la señora un tanto azorada; pero, á la verdad, Sr. D. Matías, que ha hecho usted temblar la habitación, ¡y por poco no se cae la lámpara!.....

— Cierto, señora, cierto; pero don Cosme tiene sangre de chinche..... Aquí estamos dos militares, y, después de proponernos un desatino, exclama por dos veces: «¡si ustedes se atreven!.....» ¡Hay paciencia, Marquesa! Así son todos los paisanos. Hemos de darles gusto, y si no, es que nos falta valor.....

— Pues bien, D. Cosme, añadió el general, sacando el reloj; son ya más de las once..... Ahora mismo vamos á la Fuente Castellana.... Usted verá si se atreven el coronel Sanabria y el general Ledesma..... Marquesa, las puertas quedan para mañana..... Don Cosme ha de pagar sus dudas... acompañándonos.

En resolución, D. Cosme á regañadientes, y D. Pedro riéndose, y no creyendo que el general llevará adelante la broma, salieron de casa de la Marquesa, hacía el lugar donde en otro tiempo se alzó la puerta de Bilbao.

III.

Quiso la desgracia del mayorazgo y del coronel que no hallase el general puertas ni tapias que estorbasen el que ellos llamaban, en su interior, desatinado intento de encaminarse á tales horas al extremo de la Fuente Castellana; y así no tuvieron más remedio sino seguir adelante, camino de Chamberí.

La noche era de las buenas de Marzo. Ráfagas de cierzo helado que enviaban las nevadas cumbres de Guadarrama, apenas dejaban andar á los tres amigos, los cuales tenían á menudo que pararse á causa de la oscuridad. Añádase á esto que el coronel y el mayorazgo iban envueltos en sendas capas, y éstas, con los torbellinos de viento, se arremolinaban, cayéndose á cada paso los embozos, ó levantándose las esclavinas sobre la cabeza, de modo que, por atender al abrigo, daban á lo mejor sus dueños tales encontrones en los árboles, tropezando y áun hundiéndose en los hoyos que rodean á los troncos, que más de una vez estuvieron por dejar solo al general.

Éste llevaba ancho y largo gaban forrado de pieles, con cuello de lo mismo; así es que no se veía en los graves apuros de sus compañeros; ántes caminaba á la cabeza y á buen paso, volviéndose sólo para reñir á los torpes que tan mala maña se daban para seguirle.

Al cabo, tropezando acá, cayendo allá, y siempre renegando de la malaventurada idea del general, llegaron á la iglesia, desde donde, no sin dirigirse primero hácia el Campo de Guardias, y de retroceder cuando vieron se habían equivocado, lograron, por fin, encaminarse á la Fuente Castellana.

Oscura la noche, como boca de lobo, fria y destemplada por extremo, á nadie hallaron nuestros conocidos, como era natural, hasta la misma fonda, á cuyas puertas llegaron, mo-

lidos y deseando verse cuanto ántes de vuelta, por lo ménos D. Pedro y D. Cosme. El general no hacia sino callar y seguir adelante.

IV.

Dieron, pues, la vuelta á la Fonda, y siguiendo por la «Cañada de las Merinas», que no es otro el camino de Madrid á Hortaleza, halláronse, por fin, á campo raso, dejando á la izquierda la altura de los pinos, donde en otro tiempo acababa el concurrido paseo.

—Ya hemos llegado, mi general, dijo el coronel, como quien desea conste que ha cumplido con el deber de respetar, como es debido, las órdenes de su superior en jerarquía.

—¡Y para qué! exclamó D. Cosme, sin ser parte á ocultar el mal humor que le causaba el desatino de haber ido á tales horas al extremo de la Fuente Castellana.

—¡Silencio! dijo el general; ¿no oyen VV.?

Callaron todos..... y, en efecto, se oían unos ayes tan tristes y lastimeros, hácia el arca de agua que se ve á la derecha de la cañada, que los tres se encaminaron, ó mejor, fueron corriendo al lugar referido.

En aquel punto cesaron los lamentos. Al llegar al arca de agua, nada más oyeron, ni les fué posible hallar nada.

—Yo jurára..... exclamó el general, ya dudando si habria oído ó no lastimeros gritos.

De pronto éstos se oyeron bastante más allá. Corrieron en aquella direccion, pero los gritos cesaron tambien. Ya no habia la menor duda. Los tres habian oido los gritos, que, en verdad, eran tan lastimeros, que no podian ménos de despertar en el apático D. Cosme el deseo de averiguar su origen. Con todo esto, nada lograron.

Mas hé aquí que los gritos se oyeron, en aquel instante, cabalmente hácia la fonda, esto es, donde los tres amigos habian estado parados primero. Allá volaron, seguros de dar con el triste ó tristes que tales lamentos daban; pero al acercarse á las tapias, todo quedó en el más profundo silencio.

Aquello era cosa de perder la paciencia. En suma, despues de dos horas de ir y venir, de andar buen trecho por la cañada arriba, de encaminarse hácia lo que hoy es barrio de Salamanca, de bajar por el arroyo, de subir á los Pinos, todo fué en balde..... Cansados, rendidos, y hartos de oir aquellos ayes, que en verdad ponian pavor á tales horas y en semejantes sitios, el general no tuvo más remedio sino darse por vencido.... Y miéntras los gritos, cada vez más lastimeros, como que les pedian ayuda, en nombre acaso de algun mísero mortal aherrojado en las entrañas de la tierra, ellos, ruin y cobardemente, como el general decia, abandonaron el campo, convencidos de que nada les era posible averiguar.

—Mañana doy parte á la autori-

dad, exclamó el veterano; es preciso que esos infelices no lloren por más tiempo su desventura.

—Mi general, mejor será callarnos, porque si se llega á saber que hemos venido y no hemos dado con los duendes.....

—¡Qué duendes, ni qué calabazas!

—Dígame V., si no, qué son, exclamó D. Cosme. Lo que yo le aseguro, es, que son duendes, y muy duendes; pues sólo ellos nos habrian dado que hacer lo que hemos visto.

¡Cosa rara! El general calló, sin reirse del mayorazgo porque hablaba de duendes. Callaron todos, y sin decir palabra, dieron la vuelta á Madrid, tan al cabo de lo que significaban los ayes y lastimeros gritos de la Fuente Castellana, como ántes, pero mucho más cansados y molidos.

V.

A la noche siguiente, y no sin haberse levantado bien tarde los tres aquel dia, se encaminaron nuestros amigos, como de costumbre, á casa de la Marquesa de Amaral. Ésta se hallaba leyendo *La Correspondencia*, y exclamó:

—Vamos, ya veo que á VV. se les debe el descubrimiento. Al cabo no perdieron la noche.

—¿Qué descubrimiento? preguntó el general, encendido el rostro hasta las orejas.

—¡Que los tales duendes eran unos gatos!..... Vaya, no lo oculten uste-

des..... Eran los gatos de la fonda y de una casita no lejana, los cuales daban aquellos descompasados gritos lastimeros.....

— Señora, ¿ V. se burla? preguntó el general.

— Lea V., respondió la Marquesa.

— ¡ No le dije á V. que no habia

tales duendes! dijo el general á don Cosme.

— Perdone V.; mi general, replicó el mayorazgo, que V. bien se calló cuando yo hablé de ellos.

— Verdad es, repuso éste; todos tuvimos miedo, Marquesa, y el miedo es el inventor de los duendes.

FERNANDO FULGOSIO.



La esposa y los hijos del militar que está en la guerra (pág. 166).

LA ESPOSA Y LOS HIJOS DEL MILITAR QUE ESTÁ EN LA GUERRA.

Señor, á tus piés postrados,
Imploramos tu piedad
Para nuestro amado padre,
Que en terrible riesgo está.

En la guerra se halla, esclavo
De su deber militar;
En la guerra, donde han muerto
Tantos infelices ya.

No tenemos otro amparo
Que el santo amor paternal;
Si él muere, de nuestra madre,
De nosotros, ¿qué será?

Llorando se fué á la guerra,
Lleno de angustia mortal,
Diciendo que mejor quiere
Que le maten que matar.

Es bueno y es generoso,
Y enemigo de hacer mal,
Y de su deber esclavo,
Se querrá sacrificar.

Protégele, Dios piadoso,
En ese trance fatal;
Que si muere nuestro padre,
De nosotros, ¿qué será?

Y haz, Dios, que la guerra impía,
En que empeñados están
Los que de una misma patria
Son hijos, acabe ya.

¡Oh, Dios santo y poderoso!
De nosotros ten piedad,
Y á nuestro padre adorado
Vuélvele pronto á su hogar.

FRONTAURA.

EL RELOJ.

Ahí teneis á Juanita agradablemente embebecida en escuchar el sonoro *tiqui-tiqui* que en incesante movimiento se percibe en el interior del reloj de su abuelo. Todo su afán, cuando se encarama sobre las rodillas del buen anciano, consiste en que éste saque del bolsillo del chaleco la pequeña y maravillosa máquina que parece un sér viviente, y en que se la aplique al oído para extasiarse

oyendo los sonoros latidos del precioso reloj.

Si no está persuadida de que éste tiene un alma y siente, por lo ménos no hay quien le saque de la cabeza la idea de que dentro del reloj hay un pajarito sumamente pequeño, que de continuo canta para dar señales de su incesante alegría.

—Quiero ver el pajarito, papá—
le dice muchas veces.

—No, hija mía, no puede verse; ya ves que está encerrado.

—No importa, abre la puerta, que no se marchará.

—No digo yo que se marche, pero puede asustarse y no cantar más.

—Pierde cuidado, yo le diré que no se asuste.

Y tanto se obstina Juanita en su inocente solicitud, que el abuelito, que nada sabe negarle, abre al fin la tapa de oro reluciente de su reloj de áncora, levanta despues la segunda que le sirve de guardapolvo, y á los atónitos ojos de Juanita aparece la complicada máquina en que diversas ruedecitas doradas caminan pausadamente con encontrados movimientos, girando sobre centros diferentes. Pero lo que llama sobre todo su atención son los tres bracitos colocados bajo la espiral, que se agitan en un movimiento rápido, y producen el ruido sonoro que tanta admiración le causa. Allí precisamente cree la niña que debe estar el pajarito; aquellas son las alas pequeñísimas que bate con alegría.

Lo malo es que el abuelo no quiere permitirle que toque con el dedo, aunque sea muy suavemente.

—No, hija mía, no se puede tocar, le dice; en el momento en que hagas intención nada más, el pajarito, que ya está algo intranquilo viendo cómo lo observamos, acabará de asustarse, se esconderá en el último rincón del reloj, debajo de todas esas ruedecitas que ves, y cesará de cantar y de moverse, quedando el reloj parado,

de forma que ya no podremos saber la hora que es.

Pero si no se le permite que se cerciore por sí misma de la existencia del pajarito, la niña abruma á su abuelo con diversidad de preguntas, que quiere ver satisfechas su insaciable curiosidad. ¿Qué come el pajarito? ¿A qué hora duerme? ¿De qué color es? ¿Por qué está encerrado allí?

El abuelo le responde lo que mejor le parece: que el pájaro no come, que no duerme nunca ni descansa, que es dorado, con las alitas de plata, que está allí encerrado para que no tenga frío, y por último, que no le gusta que lo miren; con lo cual cierra el reloj, lo acerca otra vez al oído de Juanita, cada vez más admirada de oír tantas maravillas, y se lo guarda despues en el bolsillo para que no coja frío.

Ya conocerán mis tiernos lectores que esto se lo dice á Juanita su abuelo únicamente para entretenerla y gozarse en su inocente admiración, pues por lo demás, lo del pajarito que no come ni duerme y está encerrado en tan bella cárcel, es todo pura ficción. En el reloj no hay pájaro ninguno; es sencillamente una máquina admirable, obra de la industria del hombre, y sus movimientos y su aparente vida son el resultado de una ingeniosa combinación de ruedecitas, que engranan unas en otras, y reciben su primer movimiento de una cuerda tirante en forma de cadanita que va desarrollándose poco á poco, obedeciendo á una fuerza ó

tirantez convenientemente combinada, y todos esos armónicos movimientos tienen por objeto dar impulso á las agujas que giran sobre la superficie de la esfera exterior, para ir marcando acompasadamente el

trascuro de las horas que están grabadas alrededor de la circunferencia de la misma esfera.

El tiempo, considerado en abstracto, no tiene medida; es una sucesion no interrumpida de instantes dentro



El Reloj (pág. 166).

de la eternidad. Para Dios, sér infinito y eterno que todo lo abarca, no hay tiempo pasado ni presente ni futuro; todo lo domina con una sola

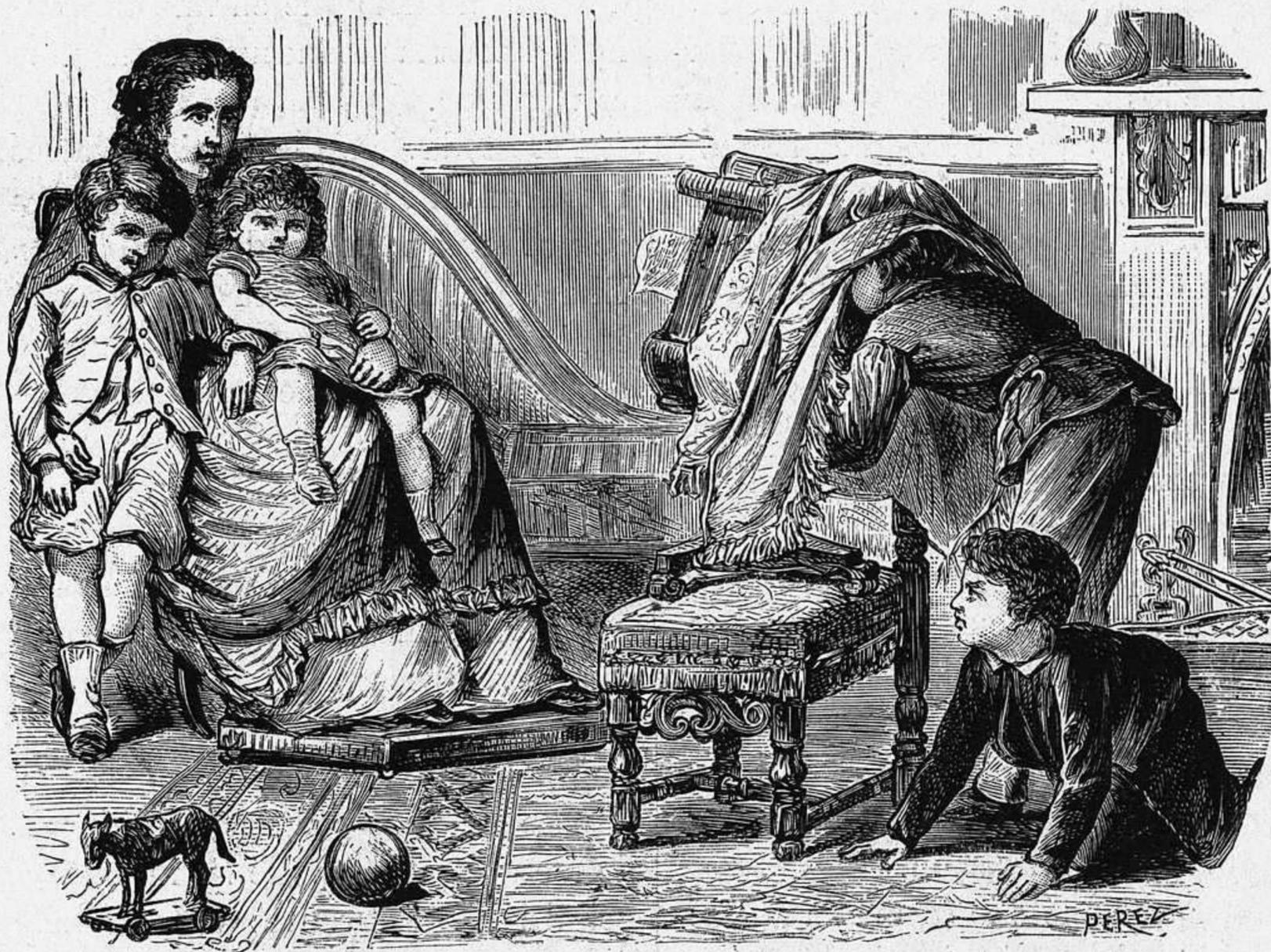
mirada; para Él no existen las horas, los dias, los meses, los años ni los siglos. Pero para sus criaturas, que sólo disfrutan una vida limitada, que

así como tuvo un principio ha de tener un término, el tiempo tiene un valor apreciable, susceptible de medida.

Así el hombre, para poder apreciar los instantes que van pasando, y que

para su existencia están contados, ha dividido el tiempo en años, y los años en meses, y los meses en días, y los días en horas, y éstas en minutos y segundos.

Ya sabréis, queridos niños, que el



La Fotografía (pág. 171).

año es el espacio de tiempo que tarda la tierra en hacer su revolución periódica alrededor del sol, y el día es el tiempo que emplea nuestro planeta en dar una vuelta completa girando sobre su eje. Próximamente la tierra necesita 365 días para hacer su revolución completa en la órbita que recorre alrededor del sol; por eso el año se compone de 365, y ha sido dividido en doce meses para mejor poder apreciar las estaciones.

Después de esto, el hombre ha necesitado también hacer una subdivisión imaginaria del día, y lo ha dividido en veinte y cuatro horas iguales.

Pues bien, para medir las horas del día con la posible exactitud, la industria humana en fuerza de paciencia y de estudio ha inventado el reloj, que, tal como nosotros le conocemos, es bastante moderno. En los tiempos antiguos los hombres calcu-

laban la hora del día por la altura que tenía el sol en el horizonte, y la de la noche por la situación de las estrellas. Todavía encontraréis muchos pastores y campesinos que, sin más que mirar al cielo, os dirán con exactitud la hora que es, lo mismo de día que de noche: es que en el cielo tienen ellos su reloj. Posteriormente los hombres que se dedicaban al estudio, y que necesitaban medir con exactitud la duración de las horas sin salir de su habitación, inventaron el reloj de arena, máquina sencillísima, reducida á dos vasitos de cristal en forma cónica, unidos por la cúspide: el uno de ellos se llenaba de arena menuda, se ponía arriba y la arena iba cayendo grano á grano, pasando por el estrecho vértice en el segundo vaso, y cuando toda la arena había pasado del vaso de arriba al de abajo había transcurrido una hora; entónces no había más que volver el reloj del revés y comenzaba la misma operación.

Por este método se media perfectamente el espacio de una hora ó de dos ó las que se quisieran, pero no se podía marcar el número de ellas ni verlo á un simple golpe de vista, es decir, no podía saberse si eran las once ó las doce, ó las tres ó cualquier otra hora del día. Para conocer esto, se inventó posteriormente el reloj de sol: en una tapia ó muralla que diese frente al Mediodía, se clavaba una aguja de hierro con cierta inclinación, y á medida que el sol iba avanzando en su diurna carrera, la sombra que la aguja proyectaba

sobre la pared iba naturalmente cambiando de dirección, recorriendo un arco de círculo.

En este arco y á la distancia conveniente, se iban marcando con tinta las horas del día, y la sombra de la aguja, avanzando lentamente, venía á hacer el oficio que en nuestros relojes hacen las manecuelas que marcan la hora.

Pero todavía este reloj tiene varios inconvenientes, porque no sirve para de noche ni para los días nublados. El arte de la mecánica se consagró entónces á inventar una máquina que pudiera señalar con exactitud las horas lo mismo de día que de noche, con sol ó sin sol, al aire libre ó dentro de las habitaciones, y por fin, se construyó el reloj formado de una ingeniosa combinación de ruedas que se mueven acompasadamente obedeciendo á la presión de una fuerza siempre igual que por lo general es el peso de unos pedazos de piedra ó de metal, que ésta fué la invención primitiva, ó la tirantez de un muelle de acero, que es lo que se emplea en los relojes de bolsillo.

Hay una gran variedad en las máquinas que hoy se conocen con el nombre de relojes, según la perfección de su mecanismo. Los relojes grandes de torre, los de pared, que sirven de adorno en las habitaciones, y también los de sobremesa, están contruidos por el sistema de la péndola que, yendo á un lado y á otro, con un movimiento acompasado, hace que vaya dando la vuelta la rueda principal, y ésta, engranando con

otras, pone en movimiento todo el mecanismo, por medio del cual las agujas de la esfera exterior van marcando las horas y los minutos. Con esta máquina se halla también combinada otra que tiene por objeto que al mismo tiempo que las agujas señalen una hora, lo anuncie una campana en la cual da tantos golpes como el número de la hora lo requiere, un mazo metálico convenientemente situado.

Los relojes de bolsillo son de diverso sistema aunque algo parecidos, y no tienen péndola ni peso que los mueva. Como antes os dije, la cuerda, que es una cadenita de acero de diminutos eslabones, está arrollada á un cilindro en forma espiral. Hay gran diversidad de máquinas en este sistema, cuya enumeración sería muy larga y para vosotros enojosa. Según son de mayor ó menor precisión y seguridad varía el precio de los relojes, y también según la materia de que está construida la caja, y el trabajo que en ella se ha empleado: relojes hay con caja de plata que cues-

tan seis ó siete duros, y magníficos cronómetros de oro, adornados con brillantes, que valen muchos miles; pero, en último término, todos hacen el mismo servicio, pues todos señalan la hora, si bien los más inferiores en valor suelen sufrir alguna variación.

La costumbre ha hecho del reloj un amigo inseparable del hombre, el amigo fiel que de continuo le advierte que pasan las horas y los días y le van acercando insensiblemente al término de su carrera.

Cuando miréis cómo va avanzando lentamente su delicada aguja, tened presente, queridos niños, que el espacio que va dejando atrás, son los instantes de vuestra vida que vais perdiendo insensiblemente para no recobrarlos más. Esta consideración os llevará á hacer un uso provechoso de las que todavía os restan. Alguien ha dicho para encarecer su valor, que el tiempo es oro, pero en mi concepto, el tiempo vale infinitamente más, porque el oro, si se pierde, puede recobrase, y el tiempo perdido no se recobra nunca.

LUCRECIO.

LA FOTOGRAFÍA.

Juanito es entusiasta por la fotografía.

Desde que se retrató en casa de Otero hace dos meses, todo se le vuelve inventar aparatos y colocar á sus hermanitos en caprichosos gru-

pos, fingiendo que los va á retratar.

Su afición á *jugar á los fotógrafos* le hará indudablemente leer con atención los siguientes apuntes.

La fotografía es el perfeccionamiento del daguerreotipo, como éste

es la aplicación más importante de la cámara oscura. El daguerreotipo debió su nombre á su inventor, Mr. Daguerre, y consistía en fijar las imágenes sobre planchas metálicas, por medio de algunos procedimientos químicos. La fotografía consiste en una serie de operaciones, con el auxilio de ciertas máquinas y preparaciones químicas, basadas en la propiedad que tienen ciertos cuerpos de cambiar de matiz por la influencia de la luz: las materias más usadas son el cloro y la plata, que, unidos, tienen la propiedad de ennegrecerse, tanto más, cuanto más fuertes sean los rayos de la luz. Las imágenes se fijan sobre el cristal, y de éste pasan al papel, preparado químicamente para el efecto.

Hoy, que ha llegado la fotografía á su más alto grado de perfección, creo muy justo que se recuerde con gratitud el nombre de Juan Bautista Porta, célebre pintor veneciano, á quien se debe la invención de la cámara oscura; los de Daguerre y Nie-

pie de Saint-Víctor, inventores del daguerreotipo; los de Talbot y Fizeam, Saint-Víctor (sobrino) y Archer, á quienes se deben los más importantes progresos de la fotografía.

Este arte ha sido un auxiliar poderosísimo de la pintura y escultura, cuyas obras maestras ha multiplicado; del grabado, la litografía y la tipografía; ha dado origen á la fotolitografía, al grabado heliográfico y al procedimiento foto-lito-zincográfico; ha sido un poderoso auxiliar de la política, la estadística, el comercio y todas las ciencias, muy especialmente la astronomía.

Hoy día, la baratura de sus productos le ha puesto al alcance de todas las clases sociales, y no será extraño que Juanito, que es tan aficionado á la fotografía, compre, cuando sea algo mayor, una máquina verdadera.

Ya sé que está juntando para hacerlo.

OSSORIO.

LAS DOS PALOMAS BLANCAS.

¿Qué llevan, del riesgo ajenas,
Esas dos palomas blancas,
Que tienden las alas francas
Y el aire cruzan serenas;

Que en toda velocidad
Cruzan la nube, aunque estalle,
Y una de ellas va hácia el valle
Y otra va hácia la ciudad?

Son, salvando en su alegría
Los penachos de las palmas,

Mensajeras de dos almas
Que ha unido la simpatía.

Son suspiros que al azar
Lanza el corazón contento,
Palabras que lleva el viento,
De un lugar á otro lugar.

Son, en fin, el sol fecundo
Que ilumina la existencia,
La Virtud y la inocencia,
Que van recorriendo el mundo.

ADALIO SCOLA.

EL PERRO ALADO,

CUENTO

POR MAD. GIRARDIN.

(Continuacion.)

IV.

— Sí, hijo mio, respondió la Princesa. No has querido decidirte entre los perros y los pájaros; he visto que no podrias poseer el uno sin echar de ménos el otro, y que, por otra parte, tu mamá no quiere permitirte que tengas sino uno de los dos. Pues bien; para arreglarlo todo, te doy un perro que es un pájaro.

— ¡De véras! exclamó Enrique lleno de admiracion. ¡Un perro que es un pájaro! ¡Qué bonito debe ser!

Y ya Enrique se figuraba ver una preciosa galguita con dos vistosas alas, y se preguntaba á sí mismo si la meteria en una perrera ó en una jaula.

En esto apareció Norberto, conduciendo al perro alado.

Al verlo, hizo Enrique un gesto no muy favorable para tan raro animal.

La verdad es que el perro alado era bastante feo. Era muy grande, con largas orejas, casi de aguas, casi pachon y casi ratonero, pues no se podia decir con certeza á qué raza pertenecia; era jorobado, mal configurado y llevaba el rabo metido en-

tre las patas, resultando de todo esto la figura de perro más rara que se puede uno imaginar.

— Aquí tienes tu perro, le dijo la hada.

— No se parece mucho á los pájaros, respondió Enrique, bien poco satisfecho con el regalo.

— Veo que no te gusta mucho, dijo la Princesa. Vamos, dime francamente, ¿qué defecto le encuentras?

Enrique no se atrevia á decir que le encontraba muy feo, y dijo:

— Le encuentro demasiado grande. La hada se sonrió.

— No te disguste ese defecto, respondió; pronto verás que es una ventaja.

En seguida hizo seña al negrito de que se aproximára, le habló en un idioma extranjero, y Norberto condujo el perro al jardin que rodeaba el pabellon.

La Princesa cogió á Enrique de la mano, y ambos fueron á sentarse en un banco del jardin.

— En mi vida he visto un perro más feo, pensaba Enrique; mejor hubiera querido un jilguero. ¿Qué voy yo á hacer con ese perrazo? Ni se sabe á qué raza pertenece.....

¿Por qué no habré escogido un pájaro?

Mientras que se abandonaba á sus reflexiones, el negrito habia conducido el perro alado al jardín, y despues de haberle hecho algunas caricias, se montó encima.

Entonces el perro alzó las orejas como orgulloso de su caballero, y ambos quedaron inmóviles, esperando las órdenes de la Princesa.

Entonces la Princesa pronunció la palabra mágica que el perro esperaba para alzar el vuelo; yo no sé si la palabra era mágica, ó si era solamente que el perro estaba acostumbrado á no partir sino cuando la oia; en fin, sea lo que sea, poco importa.

—¡Nasquette! ¡Nasquette! exclamó la Princesa, y en el mismo instante, ¡oh prodigio inconcebible! el perro extendió dos largas alas, que sus lanas ocultaban, sus ojos brillaron, sus miembros se estiraron, su cola se enroscó, sus uñas se alargaron; ya no eran las uñas de un pobre perro, sino la garra de un águila.

Y alzó el vuelo, y se elevó, se elevó en el espacio, azotando con sus largas alas el aire. ¡Aquello no era un perro; era un condor, un fénix!

Nada tan imponente como aquel espectáculo; nada tan hermoso como aquel animal, volando lleno de ardor por el espacio, llevando sobre sus alas aquel niño, cuya expresiva cabeza se dibujaba sobre el hermoso azul del cielo. El negrito llevaba al cuello un collar de brillantes, en donde el sol reflejaba, y parecia una

estrella. Era un espectáculo magnífico.

Enrique estaba admirado, sorprendido, tenía miedo, no sabía lo que le pasaba.

—Y bien, le dijo la hada, al verle reir, ¿te parece todavía que tu perro es demasiado grande?

—¡No es un perro, es un pájaro, respondió Enrique indignado; es el pájaro más bonito que he visto.

—¿Pero no te parece demasiado grande?

—¡Oh! no tal; si fuera más pequeño, ¿cómo podría ir uno encima?

—¡Ah! ya veo que comprendes que tenía razon cuando te decia que no era tan feo como te parecia.

—Al contrario, nunca he visto nada tan admirable. Ese no es un perro; es un prodigio.

V.

Enrique siguió con la vista al perro alado cruzar veloz el espacio, y esperaba con impaciencia que descendiera á la tierra, para hacer una excursion aérea.

El negrito se hallaba tan acostumbrado á aquella especie de viajes, que Enrique no se figuraba que hubiera el menor peligro en elevarse hasta el cielo.

Grande fué su alegría cuando le vió descender.

—Si el perro no está cansado, le dijo Enrique á la Princesa, subiré con él lo mismo que el negrito, ¿no es verdad?

—Sí, hijo mio, le contestó la hada, pero primero es menester que aprendas á conducirlo; no alza el vuelo, ni desciende á la tierra, sino pronunciando dos palabras mágicas, que son las que tienen el poder de dirigirla. Para que se eleve, es preciso decir dos veces:

¡Nasquette!

¡Nasquette!

Pero para que descienda, es necesario decir por lo ménos tres veces:

¡Aldaboro!

¡Aldaboro!

¡Aldaboro!

Si no, corres peligro de quedarte en el aire toda tu vida, lo cual no te sería muy agradable.

Enrique se hizo repetir varias veces los dos nombres mágicos; el primero de «Nasquette» le pareció fácil de retener; pero el segundo le costó mucho trabajo conservarlo en la memoria, y tuvo que repetirlo varias veces para poder aprender á pronunciarlo.

En este tiempo, el perro y el negrito habían vuelto á bajar al jardín.

Apénas tocó el suelo el perro alado, cuando Enrique corrió hácia él, y se puso á acariciarlo y á decirle todo lo que se le puede decir á un perro y á un pájaro.

Quiso obligarle á hacer el ejercicio, como suelen hacer todos los perros, pero el perro alado no se prestaba á esta clase de juegos, y Enrique se quejó á la Princesa de aquella resistencia.

—¡Ingrato! le contestó ésta tristemente; te doy una maravilla y quieres hacer una cosa vulgar. Merecias que diera tu perro á otro que fuera más digno de él que tú.

Enrique comprendió que la hada tenía razón.

Después de haber dejado descansar un poco al perro, se montó encima y pronunció atrevidamente las palabras mágicas

¡Nasquette!

Y el perro alzó el vuelo seguidamente.

(*Se continuará.*)

PENSAMIENTOS.

Las grandes obras se efectúan, no por medio de la fuerza, sino de la perseverancia.

La decencia en el vestir y la conformidad con la suerte forman parte integrante de la dignidad del hombre.

La educación de los niños es la más grande y patriótica de todas las ocupaciones. Por eso es tan sublime la misión de las madres.

Haz beneficios á tus amigos para que te amen más; hazlos á tus enemigos para que sean tus amigos.

Para ser feliz, moderar los deseos y hacer buen uso de la fortuna.

Bueno es tener genio, ó talento, pero es preciso que se tenga también buen sentido. Sin éste, el genio suele caer en lamentables errores.



TEATRO INFANTIL.

Muchos queridos suscritores de Los Niños nos preguntan cuándo vamos á repartir el *Teatro infantil*, que les tenemos prometido.

Más que ellos mismos sentimos nosotros no haber podido todavía repartir este bonito libro, con tanta impaciencia esperado por nuestros constantes suscritores; pero siendo obra de varios escritores, y hallándose éstos sumamente ocupados en trabajos importantes, no ha sido posible reunir tan breve-

mente como deseábamos el original necesario.

Ya ha comenzado á imprimirse el libro, y procuraremos activar todo lo posible la terminacion del original y de la impresion, para cumplir, como es nuestro deber y nuestro deseo, con los suscritores.

Nada perderán éstos por esperar algun tiempo. El librito será muy esmerado, y estamos seguros que muy del gusto de los aplicados lectores de Los Niños.

ADVERTENCIA.

Deseando el Director de Los Niños que esta Revista compita, bajo todos conceptos, con las mejores que de su género se publican en Francia, Inglaterra y Alemania, desde este número se imprime en el mismo establecimiento donde se estampa *La Ilustracion Española y Americana*, tan celebrada por la belleza de sus grabados. Los nuestros serán impresos con el mismo esmero que lo son los de aquella excelente publicacion.

Desde este número tambien damos, en lugar de dos pliegos de 8 páginas, el pliego entero de 16, lo cual es más ventajoso para que la impresion resulte más igual y perfecta.

Contando con los grandes elementos del establecimiento tipográfico donde se imprime *La Ilustracion* y *La Primera Edad*, podremos dar los más delicados grabados, en la seguridad de que han de salir bien impresos.